



Lecturas

Quinto grado

Ser lectores

En este libro, como en otros de texto, hay algunas palabras que aparecen destacadas. Al final, en una sección que se titula *Glosario*, esas palabras están acomodadas en una lista, en orden alfabético, y van acompañadas de su significado, de lo que quieren decir según están usadas en este libro. Porque las palabras no significan siempre lo mismo: una cosa es decir *tengo dos manos* y otra, muy diferente, *le aplicamos a la mesa dos manos de pintura*, y así sucesivamente (¿se te ocurre otra?).

El Glosario es una parte importantísima de tu libro. Porque lo más importante de leer es *entender* lo que se lee. Cuando no comprendemos una frase, un párrafo, la página de algún libro, no estamos leyendo, estamos simulando, hacemos como que leemos. Así, nuestra mayor preocupación debe ser entender, comprender las palabras que tenemos enfrente y lo que dicen cuando se juntan.

¿Y si nos encontramos una palabra que no entendemos y resulta que no viene en el Glosario? Pues debemos ir a un diccionario. Para que los diccionarios nos sirvan, hace falta que aprendamos a usarlos. Por eso, al abrir uno deberíamos estar acompañados por nuestra madre, o nuestro padre, o por alguna o alguno de nuestros maestros, o alguien que sepa usarlo. Ayuda, para aprender a manejarlos, que nuestras visitas a ellos sean frecuentes; así como que nos acostumbremos a leer todos los días, por un buen rato, además de los libros de texto, otros sobre temas que nos interesan: los animales, los planetas, los mayas, los grandes músicos o inventores... cuentos, novelas y poemas.

Si lees todos los días, si te esfuerzas por entender todo lo que llegue a tus manos, tus conocimientos y tu comprensión seguirán creciendo. Y este libro te será especialmente útil para que avances en esa dirección.

Felipe Garrido
Académico de número
Academia Mexicana de la Lengua



La conquista del fuego

Anónimo

Esto, cuentan los pieles rojas, sucedió hace mucho tiempo.

Era en aquellos lejanos días en que los hombres entendían el lenguaje de los animales, y en que el can de los desiertos, el astuto coyote gris, era el buen amigo del indio.

En una tribu vivía un muchacho joven, de duras piernas ágiles y de mirada penetrante e inquieta.

Vivía en la tribu, pero saltaba en los bosques, subía a los picos y vadeaba los ríos junto con su inseparable coyote, compañero en el sueño y en la caza.

Muchas veces se habían detenido a mirar cómo los hombres atrapaban los peces entre las grietas de las rocas del río, y cómo las mujeres desenterraban frescas raíces cavando la tierra con afiladas piedras. Era en los largos y tibios días del verano.

Pero al llegar el invierno, las gentes corrían entre la nieve, huyendo del frío enemigo, y se hundían desoladas en el fondo oscuro de las cavernas.

El muchacho miraba con duro gesto pensativo la angustia de su pueblo, miserable y sin defensa bajo el cielo helado.

—Tú —le dijo al coyote— no sientes los cuchillos del frío, porque tienes la piel peluda y gorda, pero ellos tiemblan y mueren. Dime, amigo mío, tú que diriges mis pasos en la caza; dime qué podría yo hacer para que mi pueblo no sufriera tanto.

Nada dijo el coyote, y aquella noche no durmió junto a su amigo. Y no volvió a su lado hasta pasados muchos días con sus noches largas.

Habló entonces el coyote:

—Yo sé lo que tienes que hacer, pero es más difícil que todo cuanto tú has hecho nunca.

—Dímelo. Yo puedo hacer todo lo que no sea imposible.

—Tendrás que ir a la Montaña de Fuego a robar un poco de aquella lumbre y traerla a tu pueblo.

—Y ¿qué es el fuego?, ¿qué es la lumbre? —preguntó el muchacho.

—El fuego es hermoso como una flor roja, pero no es una flor; corre por entre la hierba y la devora como una bestia, pero no es una bestia; es feroz y cruel y, sin embargo, si se le hace una cama entre piedras y se le entregan ramas de árbol para que pueda comer, es un hermano bueno que acaricia el aire y los hombres y las cosas con grandes y brillantes lenguas calientes. Si consigues traerlo, tu pueblo podrá tener el calor guardado, como si guardara un pedazo de sol.

—Sí, yo traeré ese fuego. Ayúdame —dijo el indio.

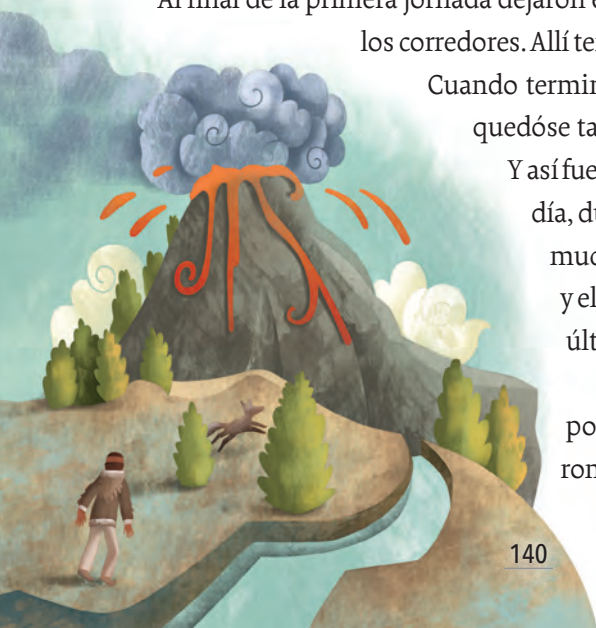
Fue primero a pedir a los ancianos de la tribu cien mozos fuertes y de pies ligeros. Y todos se pusieron en marcha, guiados por el coyote, hacia la Montaña de Fuego.

Al final de la primera jornada dejaron en un sendero al más débil de los corredores. Allí tendría que descansar y esperar.

Cuando terminó el segundo día de camino, quedóse también otro mozo a la espera.

Y así fueron quedándose, uno por cada día, durante cien días de camino. El muchacho de duras piernas ágiles y el coyote quedáronse solos en la última etapa del viaje.

Atravesaron llanos, treparon por los montes y, al fin, llegaron junto al río grande que corre



sobre arenas doradas al pie de la Montaña de Fuego.

La montaña llegaba hasta las nubes y tenía en la cima como una gran sombrilla de humo espeso. Por la noche los espíritus del fuego corrían y danzaban por las laderas como grandes llamas, y el río grande brillaba como si se hubieran incendiado sus aguas.

El coyote le dijo al muchacho:

—Espérame aquí. Voy a traerte un pedazo de lumbre de la montaña. Espera alerta y preparado. Yo llegaré ya rendido y tú tendrás que seguir corriendo, pues los espíritus del fuego te perseguirán.

Comenzó a subir el coyote por las laderas de la montaña, escondiéndose detrás de las piedras, pero los espíritus del fuego lo descubrieron y, al verlo tan flacucho y sucio, se burlaron de su aire inofensivo.

Pero al llegar la noche, cuando los espíritus comenzaron sus juegos y sus danzas en grandes llamas, el coyote se apoderó de una gran rama ardiendo y huyó con ella, montaña abajo, rápido y recto. Las llamas corrían tras él con ruido de fieras encendidas.

Vio el muchacho descender al coyote en la noche lo mismo que una estrella que huye en el cielo. Los espíritus del fuego lo seguían como un río de lumbre. Se acercaba la chispa brillante... ¡Se acerca!... ¡Ya llega!... Allí está. El valiente animal cae al suelo, anhelante y sin fuerzas. Toma rápido el muchacho la llama encendida, y corre, ¡corre!... Los espíritus del fuego hechos llamas corren fieros tras él, pero el muchacho corre y va como una saeta hasta llegar al primer corredor que aguarda con la mano en alto para recibir la antorcha. Y parte con ella, veloz como una flecha lanzada por el arco. Y pasa así la antorcha de mano en mano, sin




detenerse. Y los espíritus del fuego persiguen furiosos la llama robada, hasta las montañas de nieve, que ya no pueden franquear...

Siguió la luz en el aire, pasando de mano en mano de los corredores, y era amarilla y bella en el día, como un trozo de sol, y era en la noche maravillosamente roja.

Llegó la antorcha al último hombre, y de él a la tribu, y allí le hicieron los hombres un lecho entre piedras en medio de la caverna, y la alimentaron amorosamente con ramas secas.

Desde entonces las gentes se alegraron al amor de aquella lumbre enemiga del frío. Y el noble muchacho indio fue ya por todos conocido como el valeroso conquistador del fuego.

También el coyote, desde entonces, puede mostrar por siempre la marca de su acción generosa, pues hasta sus descendientes han conservado en sus flancos la piel amarillenta y como tostada, en recuerdo de su brava hazaña. 



Glosario

- algarada.** Escándalo en el que participan muchas personas que discuten o protestan.
- algazara.** Ruido de voces generado por un grupo de personas alegres.
- almacén.** En América, tiendita de la esquina.
- amortajado, da.** Que tiene puesta la mortaja, vestidura o sábana con la que se entierra a un muerto.
- arrastradera.** Vela pequeña que se agrega al trinquete o mástil más cercano a la proa para aumentar la velocidad de un barco.
- atribulado, da.** Afligido, preocupado.
- atrofiarse.** Ppadecer atrofia o disminución de su tamaño un órgano o tejido, lo que perjudica su funcionamiento.
- aura.** Viento suave.
- bajel.** Barco, especialmente el que es grande y de vela.
- balizar.** Colocar balizas o señales indicadoras en un terreno o en el mar para advertir del peligro o señalar una zona, en especial, la de un recorrido.
- bichito de luz.** En Paraguay, Argentina y Uruguay, luciérnaga.
- canilla.** En América, llave del agua.
- castillo de proa.** En los barcos antiguos, estructura de madera que se colocaba sobre la parte delantera, desde la cual se disparaban las armas o se defendía el barco en caso de abordaje.
- cedal.** Tela de seda o lino muy transparente.
- chotuno, na.** Propio de una cabra.
- cuajado, da.** Inmóvil y como paralizado por el asombro que produce algo. Que está o se ha quedado dormido.
- doblón.** Moneda antigua de oro.
- enigma.** Persona o cosa que es difícil de entender o interpretar.
- escotilla.** Abertura en la cubierta del barco que permite acceder a su interior.
- fauno.** En la mitología romana, semidiós de figura humana, orejas puntiagudas, cuernos y patas de cabra.
- flamear.** Ondear las velas.
- fragua.** Fogón donde se calientan metales para trabajarlos.
- gavia.** Vela que se coloca en el mastelero de un barco, especialmente en el del mástil mayor.
- guantelete.** Pieza de una armadura que cubre y protege la mano.
- homérico, ca.** Que tiene características semejantes a aquellas de las obras del poeta griego Homero, especialmente la grandiosidad.
- irremisiblemente.** Imperdonablemente.

- juancito.** Ardilla pequeña, de cola aplana-
nada y pelaje áspero y escaso de color
café rojizo claro con dos líneas blancas
en los costados rodeadas de pelo más
oscuro; vive en túneles en el desierto,
en suelos rocosos y en matorrales.
- juanete.** Vela que se coloca en el mastelero
de un barco, más arriba que las gavias.
- lánguido, da.** Que no tiene energía.
- librea.** Uniforme de gala.
- lúbrico, ca.** Que es propenso a la lujuria.
- Luis Gonzaga.** En el culto católico, santo
que es patrono de los jóvenes.
- macilento, ta.** Pálido y flaco.
- maravedí.** Moneda española antigua.
- mastelero.** Cada uno de los palos meno-
res que se colocan sobre un mástil y
que sostienen las gavias y los juanetes.
- metamorfosis.** Cambio, transformación.
- modus vivendi.** En latín, manera de ga-
narse la vida.
- orzar.** Dirigir la parte delantera del barco
o proa en dirección del viento.
- páramo.** Terreno plano y árido que casi
no tiene vegetación.
- pecio.** Despojos de una nave que ha nau-
fragado.
- perquisición.** Investigación.
- pinturero, ra.** Que presume de elegante.
- pitanza.** Ración de comida que se distri-
buye a quienes viven en comunidad o
a los pobres.
- polisón.** Armazón que se amarraban las
mujeres a la cintura para abultar la
parte trasera de los vestidos antiguos.
- pollera.** En Sudamérica, falda.
- reminiscencia.** Recuerdo vago. En litera-
tura y música, aquello que evoca algo
anterior o denota su influencia.
- remontados.** Que tienen suelas nuevas;
que les cambiaron las suelas.
- sahuaro.** Cacto en forma de columna
con brazos; sus flores son blancas y
su fruto es rojo y comestible.
- silvano.** En la mitología romana, semi-
dios con figura de anciano que prote-
gía los campos y los bosques.
- siniestro, tra.** Que causa temor o espanto.
- sisear.** Emitir un sonido parecido al de
la *s* o la *ch*, generalmente para mostrar
desacuerdo o para pedir silencio.
- sotavento.** En un barco, lado opuesto a
aquel por donde viene el viento.
- susitar.** Provocar o promover algo.
- tatú.** Armadillo.
- teocali.** En la cultura nahua, templo de
forma piramidal dedicado a un dios.
- tibor.** Vaso grande de barro, de China
o el Japón.
- toesa.** Antigua medida francesa de longi-
tud que equivale a 1 946 metros.
- yacaré.** Caimán de color verde oscuro,
con el hocico redondeado, que vive en
ríos y pantanos de Sudamérica.
- zumaya.** Ave rapaz nocturna, pequeña,
parecida al búho, de color pardo gri-
sáceo con manchas blancas, con dos
mechones de plumas a ambos lados de
la cabeza, y pico corto y curvado. Su can-
to es monótono y muy característico.

Créditos iconográficos

- Mariana Alcántara, pp. 31, 62, 82-83, 116
- Diego Álvarez, pp. 40, 42-43, 46, 48-53, 64, 66-70, 97, 117, 120-121
- Israel Barrón, pp. 54-55, 80, 118-119, 144, 146-147
- Patricio Betteo, pp. 22-23
- Ángel Campos, pp. 45, 60-61, 136
- Julián Cicero, pp. 12-14, 73, 78-79, 124, 126-127
- Juan José Colsa, pp. 10, 28, 30, 76-77, 84, 86-90, 132-133
- Julia Díaz Garrido, pp. 81, 98-99, 152-153
- Paloma Díaz, pp. 122-123
- Isidro Esquivel, pp. 134, 150-151
- Ixchel Estrada, p. 38
- Ricardo Figueroa Cisneros, pp. 26-27, 74-75, 138, 140-142
- Alex Herrerías, pp. 56-59
- Claudia Legnazzi, pp. 32-37
- Diego Molina, pp. 24-25
- Claudia Navarro, p. 15
- Gabriela Podestá, pp. 39, 71, 108-111, 113, 115
- Tania Recio, pp. 8-9, 44, 72, 92, 105, 106-107, 129-131, 135, 143
- Luis San Vicente, pp. 16-21, 100-104
- Mauricio Torres Rivera, pp. 94, 96
- Cecilia Varela pp. 148-149